

# La isla de Hidrógeno

Angeles Alemán

---

CAAM, 19 de mayo de 2011.

“Se habían derretido ya los blancos paisajes del gélido y oscuro invierno, severo ese año en su crudeza. Al fin ahora, el azul y el verde reemplazaban al dominio cromático del agua helada. Por un carril hendido en la voluptuosa vegetación, venía Celia en su bicicleta, ladera abajo, abriéndose paso entre el canto matinal de las aves y las nubes de polen que, liberadas, jubilosas, bailaban caóticamente en el aire. Llegó Celia hasta el punto tangencial de una sinuosa curva, bastante elevada, y se paró allí”

Celia More es la protagonista más utópica, quizá la única utópica que se mantiene coherente a lo largo del relato, de una novela que habla de la utopía y de la distopía, o mejor, de una utopía entrópica, como señalan sus autores.

Celia More, que claramente hereda su apellido de Tomás More, Tomás Moro, el creador de un mundo perfecto en medio del caos de la realidad, es también una amalgama de cualidades, una especie de personaje luminoso y sin sombras en una historia donde la sombra subyace latente, en una trama en la que la muerte y sus zonas oscuras aparecen acotadas y ocultas en medio de un paisaje luminoso y sereno.

La Isla de Hidrógeno es una novela que atrapa desde las primeras líneas. Atrapa el relato, la historia que cuenta, y también el paisaje que retrata, ese paisaje de verdes y azules en los que la luz del sol ilumina pero no calienta, en los que buscamos de manera inconsciente el rojo de la pasión o de la muerte, que queda reservada a escogidos momentos. Y en la que yo aventuraría una palabra: nitidez, como protagonista de esta historia, incluso en los momentos de mayor oscuridad, los que corresponden al megalómano y perverso Ernesto Winckler:

“El mayor placer lo alcanzaba Winckler con los estudios y cálculos de masa, densidad, gravedad, fuerza y volumen que debía realizar para drenar primero el petróleo de base asfáltica del interior del Cubo, y dejar el volumen exacto para hundir después el cuerpo sin vida. Un largo proceso que le llevaba varias horas de ajustes y precisiones hasta que lograba

mantener la superficie superior del Cubo completamente lisa, pulida como el cristal, al borde exacto de sus aristas, sin gotas rebosantes, sin ondas ni oleajes, en geométrica quietud”

Contornos netos, contornos limpios: la línea de la sombra está tan oculta que, sólo al final, intuimos que hay un mundo intenso y poblado, a pesar de su apariencia desértica, que se sigue moviendo en las zonas perdidas, en las dunas formadas por carpetas metálicas, un lugar en el que los seres adquieren otro aspecto, un lugar desde el que se manipula ese mundo perfecto de empatía, de estética limpia y luminosa. Un lugar escondido al tiempo y el espacio que se desarrollan de manera clara y continua en el texto principal, en el desarrollo de la trama novelesca:

“Abajo, en las profundidades del Yoko, un extraño ser contemplaba la caída de un sol rojizo tras el horizonte ondulado. Las colinas y dunas, conformadas por carpetas metálicas, respondían con el fulgor de sus brillos a la oblicua incidencia de los rayos solares. Ni un remolino de información se vislumbraba a lo lejos. El paisaje estaba en calma”

Esa sensación de que algo se nos oculta, de que algo se escamotea a la vista, es quizá uno de los logros más interesantes de esta novela, una de las cualidades que impide soltar el texto una vez lo has empezado a leer. Es tan inquietante como esa hilera de vecinos que pasan tras la habitación en la que Mia Farrow habla por teléfono en “La semilla del diablo”. Es, posiblemente, un ejemplo excelente de lo siniestro, de aquello que no se puede ver. Y este hilo subterráneo que atraviesa la novela es, si duda, una de sus facetas más interesantes. Sin esta trama oscura, el relato de la superficie, los que sucedes en las Islas, sería terrorífico: el mundo feliz que ya anticipó Huxley suele estar plagado de sacrificios. En este sentido, es también interesante la manera de relatar el origen: la vieja serie filmada, “Power”, que Celia More debe estudiar, está llena de violencia. Pero es una violencia que, a nosotros los habitantes de este mundo, nos resulta familiar, como le resulta familiar a los personajes que manipulan toda la trama desde las profundidades del Yoko.

Esta capacidad de combinar diversos mundos y diversos relatos en el texto es fascinante: una cualidad difícil de alcanzar, y que en otras novelas se convierte en sucesivos textos, aquí se combina con inteligencia y logra trabarse de manera consistente. Pero esta cualidad lograda a través del esfuerzo, no es la única reseñable de esta novela, y quisiera hablar de las otras cuestiones que me parecen atractivas y únicas en este texto.

La novela “La Isla de Hidrógeno” nace como consecuencia de un proyecto, un proyecto utópico realizado por un equipo, PSJM, que desde hace años trabaja de manera incansable y

dura en elaborar un código propio. El nacimiento de este proyecto está en las coordenadas del trabajo que elabora este equipo de artistas, PSJM, Cynthia Viera y Pablo San José, desde hace años. Las marcas, los *slogan*, las banderas y las diferentes señas de identidad del hombre contemporáneo han sido, desde su inicio como equipo PSJM, una constante en su elaboración teórica y estética.

La primera palabra que me vino a la cabeza después de leer esta novela fue “neto”

La palabra que delimita los bordes, que los limpia de cualquier adorno. Esta novela, incluso después de leer esa especie de historia subterránea que discurre a través de ella, es una novela de perfiles diáfanos, limpios, luminosos sin ser encandilantes.

La pulcritud, esa ceremonia estética que empieza por esa feliz descripción de Celia More, resulta ser de alguna manera, una transcripción literaria, más allá de cualquier duda, de la elaboración visual de los parámetros en los que PSJM se ha movido siempre, desde el momento de su creación. Y eso, más allá de cualquier otra cuestión, es lo que más me ha fascinado de esta novela: la capacidad casi imposible de crear un universo que plásticamente tiene un equivalente en sus obras de arte, en las marcas no marcas, en los elementos convertidos de la calle al interior doméstico... Las palabras y los logotipos aparecen en esta novela, la crítica al arte como objeto de consumo también:

“Todas aquellas obras de arte, que antaño ocupaban la última planta del edificio Frasch, habían sido subastadas. Un capital que posteriormente fue invertido en la construcción de las Islas Africa, el gran proyecto de Marcus y su padre. Marcus Frasch consideraba aquel gesto un símbolo. “Las islas son la mayor obra de arte. No necesitamos esos signos de fetichismo y status”

El fetichismo es, de hecho, uno de los objetivos de PSJM: todos recordamos aquella exposición MARX, en la que cuestionan el empleo de las marcas y al mismo tiempo el empleo de un teórico tan importante como Marx. Pero también el punto de diversión y de ligereza con el que nos topamos cuando entendemos que hay prendas de vestir con ese logotipo. En este sentido, la Isla de Hidrógeno es una novela con una historia propia, con un sentido independiente pero, conocer la obra anterior de sus creadores, su preocupación continua por la sociedad que habitamos, puede servir como un punto de apoyo, como una reflexión al margen de la reflexión, como le ocurre a Celia More en un determinado momento de la historia:

“Contemplando aquella gemela de moreno artificial, se entretuvo con la idea de una sociedad volcada en un incesante juego semiótico. La nivelación intelectual y física de los comunitarios generaba una reacción compensatoria de diferenciación individualista en el ejercicio de un juego social de signos, donde los comunitarios formaban su identidad, su imagen personal, por medio de la conspicua selección de sus estilos de vida”

Esa diferenciación dentro de la uniformidad, esa necesidad de consumo dentro de unos parámetros, ha sido uno de los caballos de batalla de PSJM, no el único, pero quizá el más notorio. PSJM lleva años poniendo boca abajo todo lo que sabemos del mundo que consumimos. Hay una parte del metarrelato, la serie Power, en el que se narra la génesis de este mundo feliz de la isla de hidrógeno, en el que unos hackers convierten las comunicaciones en un infierno. Sin embargo, los creadores de esta utopía entrópica, como la llaman sus creadores, aprovechan ese espacio, el intersticio entre el 0 y el 1, ese microespacio de lo infraleve como diría Duchamp, para crear una nueva realidad:

“El Yoko no emplea un sistema binario, sino trinario. Dicen haber encontrado un intersticio entre el 0 y el 1. Lo indecible que se encuentra entre el apagado y el encendido, entre la vida y la muerte. El misterio, como ellos lo llaman”

La lectura de esta novela se encuadra en la línea de las novelas futuristas, en las “Noticias de ninguna parte” de William Morris, en “Un mundo feliz”, de Aldous Huxley. Pero también, como indican sus propios creadores, en la novela negra escandinava, en esa serie de relatos que han puesto al descubierto las entrañas corruptas de un sistema aparentemente perfecto.

La idea de presentar una novela escrita por unos artistas que elaboran un discurso tan bien articulado, que operan desde Berlín pero que trabajan a lo largo y ancho del mundo, es una experiencia realmente estimulante. Gracias a Cynthia y a Pablo por haber confiado en mí para presentar esta novela. Leerla ha sido un placer y, como ellos saben, la volveré a leer para disfrutarla aún más.